

“La Aglobalización de la pobreza, la pobreza de la globalización”: el reto inaplazable

Alfonso Pinilla García*

Moralmente la pobreza es condenable, pero completando el argumento, yo me atrevería a decir que la superación de la misma constituye un reto de supervivencia para el sistema: “superarla o morir”, parecen ser las alternativas. Por eso ya va siendo hora de aceptar lo obvio: que la globalización de la pobreza supone la pobreza de la globalización, su gran problema inaplazable. Por muy evidentes que parezcan estas realidades conviene recordarlas porque lo evidente, precisamente por serlo, pasa desapercibido en este mundo fugaz y olvidadizo.

Vivimos en una inmensa aldea: el mito se ha convertido en realidad, y aquello que ocurre a miles de kilómetros afecta en nuestro entorno más inmediato. Ya no podemos vivir al margen del mundo, la tecnología de la comunicación, la economía, los movimientos sociales y políticos están tan interconectados que vivimos en un inmenso sistema, en una entidad que desborda nuestras fronteras,

que se hace planetaria y donde “todo depende de todo”¹. Leves cambios pueden producir excepcionales transformaciones, y el efecto mariposa que definió Edward Lorenz en la II Guerra Mundial² para las ciencias naturales se da, y nos desbordan numerosos

² La dependencia sensible de un sistema a un leve cambio en sus condiciones iniciales, lo que hizo afirmar a Edward Lorenz que “el aleteo de una mariposa en Nueva York puede producir un huracán en Tokio”, metáfora que sugería el derribo del determinismo y la proporcionalidad entre causa y efecto. Para un desarrollo de estas sugerentes cuestiones relacionadas con la Teoría del Caos y la Complejidad. Véase la obra de Ilya Prigogine, *Las leyes del caos*, Barcelona, Crítica, 1997, o acudir a los trabajos de Edgar Morin sobre el paradigma de la complejidad: *Ciencia con consciencia*, Barcelona, Anthropos, 1984.

³ Rodríguez de las Heras, Antonio, *Historia*

ejemplos, en un mundo cada vez más interconectado e interdependiente.

Gracias a una maquinaria económica y política voraz, hemos globalizado la cultura occidental capitalista, hemos extendido sus usos sociales, sus patrones políticos, culturales, religiosos, hemos exportado al mundo la tecnología que nos define, nuestros valores, los grandes avances que a todo nivel ha conseguido la cultura occidental. Pero no sólo exportamos y difundimos nuestros éxitos, sino también nuestros desajustes, los fracasos ocultos tras la cara del triunfo, y así, a medida que el capitalismo avanzaba y se consolidaba durante finales del siglo XVIII y durante todo el XIX, su propia dinámica acaparadora, concentradora de bienes y recursos, daba lugar a des-

* Universidad de Extremadura, España.

¹ Cumpliendo así las características de cualquier sistema complejo, según definió Bertalanffy en su *Teoría General de Sistemas*: Bertalanffy, Ludwig von, *Teoría General de los Sistemas*, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1993, p. 5.

ajustes que fueron revelándose como los grandes retos a integrar después. Y del capitalismo surgió el imperialismo y de éste el actual subdesarrollo, el gran desajuste de la globalización, su cara oculta que ya se va revelando y cuyo tratamiento no puede aplazarse más por una simple razón de supervivencia.

Si los organismos no regulan y mitigan, desde una auto-organización dinámica, los desajustes que ellos mismos provocan a lo largo de su evolución, corren el riesgo de extinguirse³. El enfrentamiento de los antagonismos que nuestra dinámica histórica produce abre nuevos retos, genera nuevos problemas cuya solución conduce a posibles mutaciones. Sólo así se consolidan las especies, sólo así avanza la historia, en un continuo diálogo entre procesos que se amplifican y desajustan, entre organizaciones que se consolidan “albergando/mitigando/regulando” en su seno los antagonismos que ellas mismas provocan.

Este artículo se centra precisamente en esa dinámica, la de amplificación y desajuste de fenómenos históricos. Concretamente, estudiaremos el fenómeno de la globalización desde su nacimiento y amplificación hasta su actual desajuste y crisis. No olvidemos que, al igual que se ha globalizado la comodidad, también lo ha hecho la pobreza: he aquí la paradoja de un mundo masivamente pobre dirigido por una minoría inmensamente rica. La globalización no sólo extendió la riqueza a importantes capas de la ciudadanía occidental, sino que también exportó/provocó pobreza en las antiguas colonias y así se ha globalizado el civismo, la tecnología, la información, la cultura, y por supuesto también la pobreza. La globalización de la pobreza constituye precisamente la pobreza de la globalización, su desajuste, el reto a integrar, la enfermedad que este sistema planetario ha creado y que ahora se vuelve silenciosamente contra él.

Pero vayamos despacio, observemos cómo nació históricamente la globalización, el dominio capitalista del mundo y, a partir de ahí, observemos qué desajuste provocó ese dominio y qué futuro –diverso, incierto, repleto de senderos que se bifurcan– nos espera.

De la “Supervivencia al Consumo”. Nacimiento y desarrollo histórico de la Globalización

Cualquier especie animal desarrolla su existencia sobre el inestable equilibrio que forman dos conceptos: la población

de esa especie, y los recursos obtenidos del entorno.

Población y recursos forman por tanto un bucle negativo e inestable que influye en la vida de la especie. Decimos que se trata de un bucle negativo porque el ascenso de uno de estos factores corresponde al descenso del otro, es decir, a más población menos recursos disponibles, mientras que



a menos población más recursos:

Todas las especies animales sobreviven en esta situación, dependiendo de lo que les ofrezca el territorio en el que se mueven. Podemos afirmar por tanto que se trata de un primer estadio de desarrollo, una primera fase caracterizada por la supervivencia y la dependencia del territorio más inmediato en que se desenvuelve la especie. Si miramos la historia de la humanidad, habría que remontarse a las primeras especies de homínidos para ilustrar esta situación donde los grupos humanos, aun incapaces de desarrollar una tecnología capaz de dominar su entorno, sobrevivían cazando y recolectando; sobrevivían consumiendo aquello que, azarosamente, les ofrecía el territorio.

Podemos ir conformando una tabla caracterizada por cuatro campos. En el primero, pondremos en relación una serie de factores materiales, en este caso se trata de ilustrar el equilibrio inestable entre población y recursos; en el segundo campo, observaremos la relación del hombre con su entorno, en este caso con el territorio que le rodea; en el tercero, pondremos de manifiesto cómo se abastecen los grupos humanos a lo largo de su historia.

Para esta primera fase la tabla quedaría de la siguiente

Factores materiales	Hombre - entorno	Abastecimiento
Población +	Dependencia del Territorio	Supervivencia
-		

manera:

El equilibrio inestable entre población y recursos conlleva una dependencia del territorio que da lugar a una situación de supervivencia dentro de los grupos humanos, que se abastecen de la caza y recolección eventuales.

Pero en el Neolítico asistimos a un cambio fundamental,

cial que tiene su base en la transformación tecnológica. Surgen nuevas herramientas, el tallado de la piedra se perfecciona y con ello emergen nuevas formas tecnológicas capaces de gestionar con mayores garantías el

y crisis, Valencia, Ed. Fernando Torres, 1976, p. 52.

⁴ El neolítico supone una excepcional revolución económica y so-

debido al desarrollo de una tecnología⁴ capaz de dominar el territorio, capaz de domesticar las especies vegetales y animales. De esta manera, lo que antes era recolectado ahora es sembrado y cosechado, mientras la caza deja paso a la cría del ganado y su explotación. La “azarosa” existencia del hombre, sometida a los dictados del entorno, va superándose gracias a la nueva tecnología, y así de la dependencia pasamos al dominio. Ya no dependemos del territorio, ahora empezamos a dominarlo⁵, y como consecuencia de ese progresivo dominio nuestra supervivencia antes azarosa va sistematizándose, organizándose hasta convertirse en una forma cada vez más sofisticada de autosuficiencia. Los grupos humanos se autoabastecen de lo cultivado y de los animales que domestican, el territorio empieza a rendirse a la tecnología humana y empezamos a ser la primera especie capaz de dominar algunos factores de nuestro entorno.

En buena parte, el desarrollo de la tecnología, posibilita este salto cualitativo que nos separa del resto de los animales, y lo posibilita porque la tecnología amplifica las capacidades naturales de nuestra especie⁶: capacidad para desplazarnos, para cazar, para obtener recursos de la tierra, para comunicarnos, para recordar, para refugiarnos de la climatología. La amplificación de estas capacidades hace que dominemos nuestro entorno y que empecemos a dominar otras especies, más fuertes físicamente, pero más dependientes de cuanto les rodea por no haber generado tecnología. El antiguo equilibrio inestable entre población y recursos ahora empieza a ser más estable, comienza a estar regulado dinámicamente, y en periodos de aumento de la población se pueden conseguir más recursos de la tierra explotándola de forma intensiva con las nuevas técnicas. De la supervivencia pasamos a la nueva fase, la “autosuficiencia”, que desgranamos en una segunda fila de nuestra tabla:

La autosuficiencia domina la historia de la humanidad

Factores materiales	Hombre-entorno	Abastecimiento
Población → Recursos	Dependencia del Territorio	Supervivencia
Tecnología		Autosuficiencia

territorio. Emergen así la agricultura y la ganadería, con lo que el equilibrio entre población – recursos se dinamiza.

⁵ Rodríguez de las Heras, Antonio, *Navegar por la Información*, Premio Fundesco de ensayo, Madrid, Fundesco, 1991, p. 43.

⁶ Rodríguez de las Heras, Antonio. *Navegar por la información*, Op., cit., p. 23.

hasta, prácticamente, la segunda mitad del siglo XVIII en Europa, donde una nueva generación de tecnología vendrá a dominar un aspecto de nuestro entorno que hasta ahora no había sido controlado: la energía⁷. El hombre seguía hasta ese momento a merced de las fuerzas que provocaban el movimiento, los barcos se movían con el viento, los arados con la fuerza de los animales, al igual que la mayoría de medios de transporte terrestres. Pero el desarrollo de la máquina de vapor pone de manifiesto el dominio sobre la energía a través de una nueva generación de herramientas y, así, los barcos empiezan a moverse por la fuerza del vapor; y después de la electricidad o del combustible fósil (petróleo), al igual que el resto de medios de transporte. Empezamos a tener luz artificial en nuestras casas y las condiciones de vida y de trabajo mejoran progresivamente. Surge como consecuencia de todo ello un creciente desarrollo del sector secundario, que hasta entonces transformaba manualmente la materia prima y ahora lo hace a través de la energía ya domesticada/controlada por la máquina. La artesanía da paso a la industria y con ello se abre todo un abanico de transformaciones sociales, políticas, ideológicas y culturales que caracterizarán los siglos XIX y XX en Europa occidental. El proceso irá extendiéndose, de diferente manera y a distintos ritmos, por el resto del mundo.

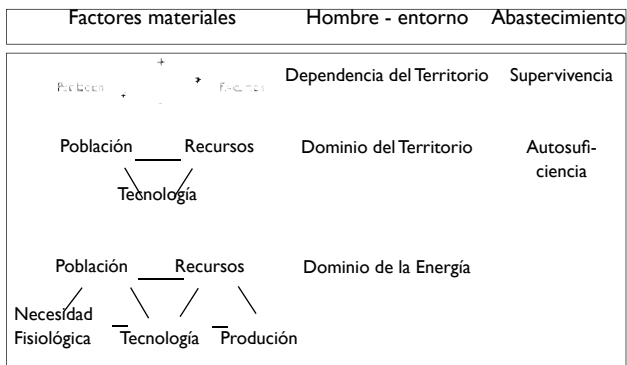
Los hombres en estas zonas dejan de ser autosuficientes y empiezan a abastecerse de los objetos que otros producen: de la autosuficiencia se pasa, por tanto, a la subsistencia. Los grupos humanos satisfacen, al mismo nivel que antes, sus necesidades fisiológicas (alimento, casa, comida), pero ahora lo hacen consumiendo productos que otros elaboran⁸.

Por tanto, el dominio de la energía conseguido con la Revolución Industrial, desarrolla la producción de objetos cuyo consumo permite la subsistencia de la mayoría, la satisfacción de sus necesidades fisiológicas básicas. Llegamos por tanto a la fase de subsistencia:

En toda esta sucesión de fases debemos atender a la dinámica, es decir, a los mecanismos que explican el paso

⁷ Ibid., p. 40.

⁸ Desde el último tercio del siglo XVIII, con la Primera Revolución Industrial, la inmensa mayoría de las gentes permanecía vinculada a una economía de subsistencia; excepto que compraban para vivir lo que otros producían, en lugar de vivir de su propia producción. En esta etapa, el consumo propiamente dicho - la satisfacción de las necesidades secundarias - se limita a la elite (Cueto, Juan. *La sociedad de consumo de masas*, Barcelona, Salvat, 1985. p. 11).



de una fase a otra. Todo proceso histórico desarrolla una serie de factores dinámicos que experimentan una progresiva amplificación, su posterior desajuste, la crisis de supervivencia consiguiente y la superación de dicha crisis a través de la posible mutación.

Amplificación, desajuste, crisis de supervivencia, incertidumbre y mutación son las variables y etapas por las que transcurre todo fenómeno o todo proceso histórico. Cada una de estas cuestiones se cumple para las fases –de supervivencia, autosuficiencia y subsistencia– vistas hasta ahora. Nos centraremos en esta dinámica histórica para explicar el surgimiento de la nueva fase, que llamaremos “fase de consumo”, no sin antes ofrecer un ejemplo de esta dinámica centrado en el paso de la sociedad autosuficiente a la sociedad de subsistencia.

La amplificación de la autosuficiencia dio lugar a una concentración progresiva de recursos que pronto empezó a comercializarse, de ahí que la consolidación/amplificación de esta fase se traduzca en un aumento de los intercambios comerciales⁹. Los siglos XVI y XVII son buena muestra de ello, porque si bien el hombre aún no dominaba la energía, sí existía una inmensa flota de barcos veleros que, impulsados con la fuerza del viento, surcaban los mares del planeta, derribando fronteras territoriales hasta entonces impensables.

Pero toda amplificación genera desajustes. Debemos imaginar aquí una cuerda elástica que se estira progresivamente hasta que llega un momento en que se rompe. Todo estiramiento produce el riesgo de ruptura, toda amplificación puede acompañarse de desajustes. Las sociedades autosuficientes de los siglos XVI y XVII desarrollan una clase social boyante, la burguesía, cuyo poderío económico se basa, prácticamente, en este de-

sarrollo mercantil.

El desajuste provocado por la amplificación de la autosuficiencia se revela a través del nacimiento de la burguesía, la crisis del Antiguo Régimen comienza con el nacimiento y consolidación de la clase burguesa, que emerge desde su propio seno para oponérsele.

La organización y consolidación progresiva de los desajustes puede dar lugar a una crisis de supervivencia en el sistema que los provoca, así, llega un momento en que el Antiguo Régimen y su sociedad estamental se plantean la integración de la burguesía para su propia supervivencia. Los nobles, empobrecidos y poseedores de privilegios sociales y políticos que ya no eran acompañados de poder económico, empiezan a abrir las puertas del sistema a la clase burguesa, y es entonces cuando el desajuste empieza a ser regulado/integrado. La supervivencia pasa, por tanto, por la integración del desajuste, su regulación y posterior superación.

Pero el proceso de integración del desajuste conlleva el riesgo de mutación y, en su ánimo por sobrevivir, el Antiguo Régimen muta y su sociedad estamental va convirtiéndose en sociedad de clases, su Estado Absoluto en Estado liberal burgués y su economía de autosuficiencia va transformándose en economía de subsistencia, con un control progresivo de la energía y el florecimiento consiguiente de la industria. Toda supervivencia implica el riesgo de mutación, de cambio, de elección entre los caminos que al sistema se le abren cuando enfrenta la integración del desajuste.

La dinámica “amplificación, desajuste, supervivencia, incertidumbre, mutación” se da en todo fenómeno o proceso histórico, explica el tránsito de una fase a otra de las vistas aquí, por ello, en esta dinámica nos centraremos al definir la siguiente fase, la fase del consumo, cuyas raíces parten de la etapa de subsistencia anterior.

La amplificación de la producción, como consecuencia de un dominio cada vez más intenso de la energía, pronto dio lugar a un desajuste en las sociedades industriales de principios del siglo XX. Ese desajuste se concretó en el desequilibrio entre producción y consumo¹⁰. Se había llegado a un umbral de producción masiva que no encontraba salida, pues las condiciones de vida y el poder adquisitivo de la sociedad se hallaba en niveles de subsistencia. Había que dar, por tanto, el paso de la subsistencia hacia el consumo, había que fomentar y financiar el consumo masivo. Esta es la raíz del Estado de Bienestar y la Sociedad de Consumo de masas

⁹ Bifani, Paolo, *La Globalización: ¿otra caja de Pandora?*, Granada, Universidad de Granada, 2002, p. 36.

¹⁰ Cueto, Juan, Op., cit., p. 14.

que éste trae aparejado. La subida del nivel de vida de la población y de su nivel adquisitivo obedecía a una lógica de supervivencia económica: había que desarrollar el consumo para dar salida a la producción, si no solucionábamos este desajuste el sistema se situaría al borde de la muerte.

Se fomenta el consumo para que el sistema pueda sobrevivir, y nace el Estado del Bienestar, que financia las condiciones productivas y estimula el consumo con una progresiva intervención del Estado en economía y el desarrollo de políticas centradas en el pleno empleo, el gasto social y el mantenimiento de una masiva clase media. De esta manera, la integración/superación del desajuste entre producción y consumo da lugar a una nueva mutación, al nacimiento de una nueva fase en la sucesión que estamos viendo. Emerge la fase de consumo masivo, centrada en la satisfacción de toda una batería de necesidades psicológicas creadas por los medios de comunicación para su satisfacción automática.

Porque el consumo no está basado en la satisfacción de las necesidades fisiológicas ya cubiertas con la autosuficiencia y la subsistencia, sino que más bien se centra en la creación –para su posterior satisfacción– de una serie de necesidades psicológicas que pasan por el mantenimiento de un determinado status de vida y la posesión de una serie de bienes: coche, casa con todo tipo de lujos, vacaciones, estudios superiores para los hijos, salario medio alto capaz de financiar el consumo masivo que necesita el sistema.

Y así, las antiguas necesidades fisiológicas se van transformando en psicológicas, condiciones que si no son satisfechas impiden la integración social del individuo. De esta manera, la comida se convierte en gastronomía, la casa en hogar confortable, el descanso en industria del ocio, la ciudad en escaparate, la familia en potente unidad consumidora, la compra en espectáculo, el sexo en erotismo¹¹. Todo se mercantiliza y adquiere un sentido consumista creado por la publicidad y los medios de comunicación en general, que moldean gustos y, sobre todo, definen las necesidades psicológicas a cubrir por esta lógica consumista que el sistema necesita para su supervivencia.

De esta manera abordamos las relaciones socioeconómicas y políticas del mundo occidental a comienzos siglo XXI, poniendo de manifiesto la consolidación y amplificación del modelo de consumo de masas en lo socioeconómico, mientras en lo político, se consolidan unas democracias de masas que entienden la política

bajo la lógica aplastante del mercado, bajo el binomio de la oferta en relación con la demanda. Así, la política se mercantiliza, y las ideologías van desapareciendo para ofrecer democracias bipartidistas donde las dos grandes opciones se comportan como dos empresas distintas en la forma que aceptan las reglas del mismo juego en el fondo: un mercado regulado por la relación oferta-demanda.

De acuerdo con estas ideas, las democracias de masas en el siglo XXI están caracterizadas por un sistema de partidos congelado, cerrado a opciones alternativas más allá del centro –derecha y del centro– izquierda, un sistema por tanto dominado por la moderación en el discurso y en las acciones políticas, definido por una política “centrista” que encubre simplemente una oferta política uniformada, estandarizada, normalizada, ajustada por tanto a las necesidades que demanda la masa (unas necesidades masivas y por tanto comunes a todos, uniformadas también)¹².

Ahora la tecnología ya no se centra en el control de la energía, ya superado, sino fundamentalmente en el control de la información, de la comunicación entre seres humanos, pues el control de esta realidad facilita el dominio de la masa, la capacidad de persuadir al consumidor para comprar determinados productos o para votar a un partido u otro. La conquista de la masa, la persuasión de la masa, pasa por el control de la información que está influyendo sobre ella, de ahí que la fase del consumo se caracterice por el dominio de la información¹³, de los medios que permiten crear las necesidades psicológicas que sustentan ese consumo:

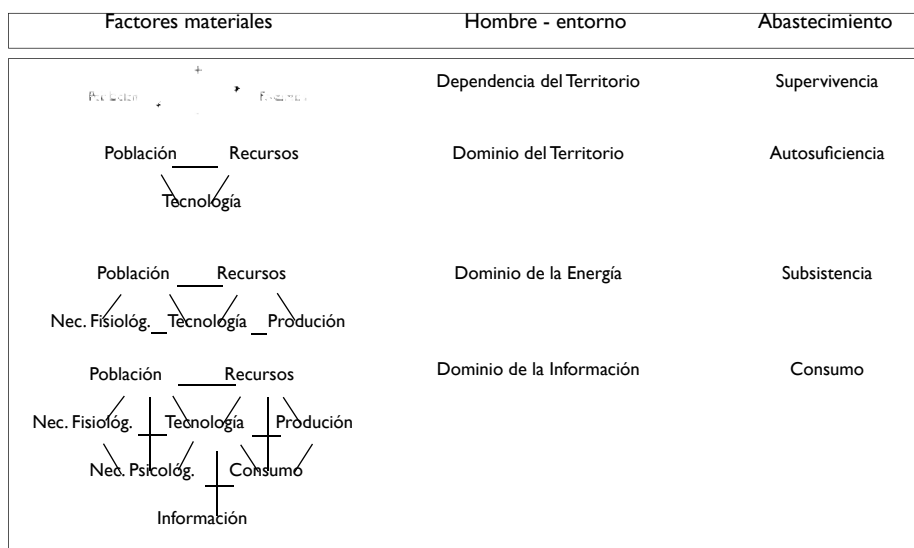
Desajustes de la Globalización: hacia el reto inaplazable

Además de influir sobre la masa y definir las necesidades psicológicas que sustentan el consumo, la tecnología de la información ha borrado barreras espaciales y temporales a lo largo de todo el siglo XX, y de una forma tan fluida como íntima ha interconectado territorios y poblaciones muy alejadas entre sí. El tiempo fue pulverizado cuando la televisión pudo transmitir en directo espectáculos ocurridos a miles de kilómetros de nuestra casa, el espacio de igual manera se tornó borroso cuando charlábamos en tiempo real con un amigo de Brasil, casi al otro lado del planeta. Estas eran las

¹¹ Cueto, Juan, *Ibid.*, p. 13.

¹² Aracil, Rafael; Oliver, Joan y Segura, Antoni, *El mundo actual*, Barcelona, Universitat de Barcelona, 1995, p. 45.

¹³ Rodríguez de las Heras, Antonio, *Op.*, cit., p. 32.



excelencias de la globalización. Pero toda excelencia tiene un lado oscuro, toda amplificación conlleva desajustes, porque la posibilidad de poner en contacto directo a sociedades con ritmos históricos distintos, con formas tecnológicas diferentes, sociedades con modelos económicos que aún no pasaban de la autosuficiencia o, como mucho de la subsistencia, con otras que habían alcanzado altos niveles de consumo conllevaba riesgos evidentes.

El principal riesgo era el profundo desfase, la gran distancia entre aquellas sociedades —occidentales— que habían alcanzado la fase del consumo y aquellas otras que aún no habían superado la fase de autosuficiencia, aquellas en que la tecnología dominaba la información, la energía y el territorio, y aquellas otras aún centradas en el dominio exclusivo de la tierra.

El control de una tecnología superior implica dominio y explotación. Cuando la especie humana empieza a crear tecnología comienza también a dominar su entorno: especies animales y vegetales serán explotadas. De la misma manera, cuando una sociedad desarrollada tecnológicamente entra en contacto físico y directo con otra de nivel tecnológico menor, la realidad del dominio y la explotación no se hace esperar. Si los Massai, con una tecnología que les permite una gestión/dominio de su territorio más cercano, entran en contacto con cualquier multinacional (cuyo desarrollo tecnológico les permite dominar, además del territorio, la energía y la información) podemos deducir que la explotación ejercida por los segundos sobre los primeros será automática y brutal.

He aquí un gran desajuste de la globalización. La inter-

conexión de espacios y hombres supone también la interconexión de sociedades con ritmos históricos distintos que, al entrar en contacto, generan relaciones de dominio: las sociedades más desarrolladas tecnológicamente explotarán a las menos desarrolladas. Ello va creando una distancia tal entre unas y otras que el desajuste aumenta a medida que se consolida esta explotación, intensificándose así el riesgo de ruptura, de crisis o desajuste grave para este modelo de relación.

No se trata aquí, quede bien claro, de defender que la evolución histórica del hombre ha de pasar necesariamente por cada una de las fases arriba definidas, pues con este modelo no pretendemos desarrollar una interpretación del mundo exclusivamente euro-céntrica. Es cierto que Europa occidental y Estados Unidos cumplen (grosso modo) el modelo¹⁴, pero los modelos nunca son estáticos, y funcionan interpretándolos flexiblemente, de tal manera que la sucesión de fases no tiene por qué ser automática. El desarrollo histórico de una sociedad no pasa necesariamente por el orden arriba visto, puesto que hay avances y retrocesos, incertidumbres y mutaciones inesperadas que alteran la sucesión de fases antes expuesta. Sin embargo, defendemos la existencia de esas fases y sus características, pues creemos que dicha definición nos ayuda a entender las relaciones establecidas por dos sociedades con ritmos

¹⁴Y ni siquiera Europa occidental y Estados Unidos cumplen el modelo uniformemente, porque los ritmos son distintos según las zonas, los tipos de sociedades, la realidades económicas, políticas, así como la evolución histórica de cada país.

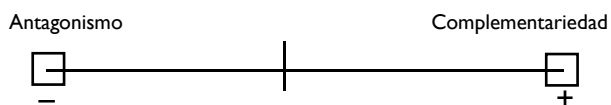
históricos, sociales, políticos, económicos y tecnológicos distintos. Además, el sentido común respalda estas afirmaciones, porque no es difícil imaginar qué ocurrió cuando un español del siglo XVI –con su armadura, su arma de fuego, sus cañones y sus barcos– apareció frente a un indígena de los Andes. El resultado lo conocemos y hoy –de otra forma, con otros medios, a través de otras estrategias– sigue ocurriendo lo mismo, sólo que hemos cambiado los barcos veleros por sofisticados satélites o internet.

Cuanto más alejamiento hay entre las realidades económicas, sociales, políticas, tecnológicas de dos grupos humanos, más posibilidades existen de que uno explote a otro, y como consecuencia de esa explotación, más probabilidad habrá también para la emergencia de crisis y antagonismos. Porque la amplificación del dominio generará desajustes que, de no ser regulados, acabarán planteando un reto de supervivencia para la organización. De ahí que si la globalización no regula la pobreza que produce, ésta acabará volviéndose contra ella para plantearle el reto de “cambiar o morir”.

El alejamiento entre las sociedades más pobres del Tercer Mundo y las más ricas de occidente es tan evidente que no haría falta insistir más, sin embargo, para expresar gráficamente el peligro que supone este desajuste vamos a imaginar una balanza con dos extremos:

El extremo de la derecha indicará una total complementariedad o coincidencia entre la situación de ambas sociedades; el extremo de la izquierda supondrá un total alejamiento o antagonismo entre ambos mundos.

Situarse excesivamente cerca de ambos extremos desequilibraría totalmente la balanza, y el objetivo será que esta balanza no caiga hacia ninguno de ellos, sino que se mantenga en un equilibrio dinámico capaz de conjugar en dosis más o menos equivalentes los antagonismos con



las complementariedades. Porque tan peligroso es que dos sociedades no coincidan en nada (la balanza pecaría de excesivo antagonismo y se inclinaría hacia la izquierda) como que esas dos sociedades coincidan en todo (un ideal que nunca llega a darse porque los antagonismos son inherentes a las relaciones humanas, en este caso, la balanza quedaría igualmente desequilibrada aunque esta vez inclinada hacia

la derecha). Por tanto, ni antagonismo absoluto y ni complementariedad total, una interacción de sociedades viable es aquella que deja paso al primero sin romper excesivas complementariedades.

Podemos imaginar que esto no ocurre entre sociedades que se hallan en la fase de consumo y sociedades que aún se encuentran en plena fase de autosuficiencia. Pero demos un paso gráfico más para ilustrarlo.

Imaginemos dos conceptos económicos sencillos, concentración de recursos y dispersión (reparto equitativo) de recursos, y apliquemos ambos conceptos según distintas gradaciones sobre las etapas de supervivencia, autosuficiencia, subsistencia y consumo. Esas gradaciones vendrán determinadas por la dinámica “amplificación – desajuste” ya comentada, de tal manera que a medida que vayamos pasando de una fase a otra observaremos que la concentración de los recursos aumenta y se localiza en una elite, mientras el reparto equitativo de esos recursos disminuye al mismo ritmo. Es decir, a más concentración de recursos menos dispersión de los mismos, cuanto más concentrada está la riqueza menos reparto equitativo existe de ella. Atendiendo a esta dinámica podemos confeccionar la siguiente tabla:

Se trata de un modelo ideal, al que sin duda habría que añadir matices, donde recogemos en líneas generales el comportamiento de la realidad. Se trata de un modelo que sugiere la complejidad a través de la sencillez, sin que por ello caigamos en la simplicidad, porque lo interesante de esta tabla es observar la interacción entre cada una de las fases atendiendo al binomio “concentración-dispersión” de los recursos.

Si observamos cada binomio convenimos que la pro-

Recursos		
	Concentración	Dispersión
Supervivencia	1	4
Autosuficiencia	2	3
Subsistencia	3	2
Consumo	4	1

porción “concentración-dispersión” de recursos presenta valores coherentes con el desarrollo de cada una de estas fases. En la fase de supervivencia los hombres vivían de lo que azarosamente podían obtener del entorno, apenas había concentración de recursos y sí bastante dispersión dado que apenas existían excedentes. Pero el cultivo de la tierra y la explotación del ganado produjeron excedentes cuya gestión y almacenamiento generarán las primeras elites.

Comienza así la fase de autosuficiencia con una concentración progresiva de recursos que hace disminuir su reparto equitativo. La subsistencia amplificará esta dinámica, porque el control de la energía y el desarrollo industrial aumentarán los recursos y como consecuencia de ello la concentración de riqueza en pocas manos asciende (grandes industriales, burgueses) a la vez que la dispersión de la misma disminuye (empobrecimiento obrero). El último paso en esta evolución lo constituye la fase de consumo, donde una minoría del planeta concentra y disfruta casi toda la riqueza mientras una masa de desposeídos apenas puede acceder a ella.

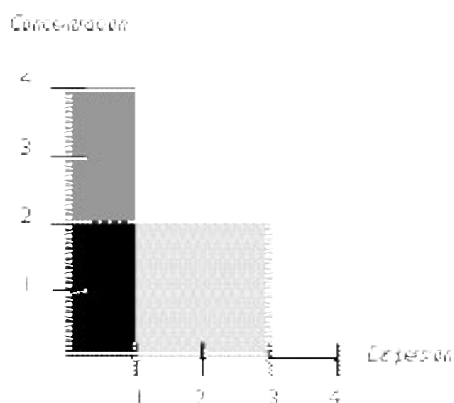
Aceptadas estas premisas, tan sólo hay que “jugar” con los distintos casos que pueden presentarse, y dado que aquí estamos estudiando la interacción del mundo pobre, o de aquellas sociedades en estado de autosuficiencia, con aquellas otras en fase de consumo, podemos dar el paso de interrelacionar a los distintos participantes de este modelo para observar cómo se comporta nuestra balanza de antagonismo – complementariedad.

Expresemos la interacción de una sociedad autosuficiente con otra de consumo:

En gris oscuro tenemos una columna formada por las coordenadas de la sociedad de consumo (concentración 4, dispersión 1), en gris claro otra columna que forman las coordenadas de la sociedad en la fase de autosuficiencia (concentración 2, dispersión 3). La intersección o coincidencia de ambas columnas está expresada en color negro (concentración 2, dispersión 1)

En términos de superficie, e imaginando una tarta de 16 porciones a partir de este gráfico, tan sólo dos porciones

Recursos		
	Concentración	Dispersión
Autosuficiencia	2	3
Consumo	4	1

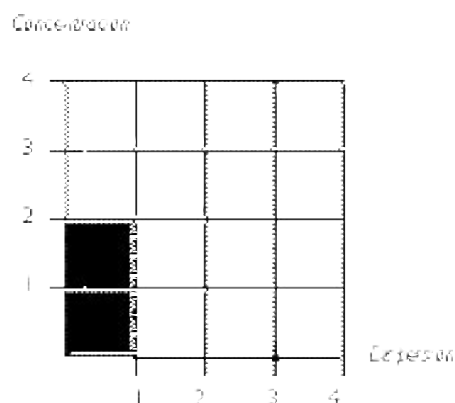


serían compartidas por ambas sociedades mientras que 14 porciones quedarían libres. Es decir, que la complementariedad, el acercamiento de ambas realidades equivale a 2 en este modelo, mientras su alejamiento valdría 14, tal y como aparece en este otro gráfico:

Donde las porciones compartidas están señaladas en negro y aquellas otras que no son comunes quedan en blanco

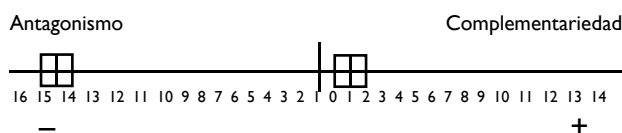
Trasladando esta realidad a nuestra balanza habría que poner dos pesas:

Aquella pesa que simboliza el antagonismo ocuparía un valor 14 a la izquierda del eje, y estaría muy cerca por tanto del valor antagónico total que sería 16 en este caso. Como contrapeso, en la otra mitad de la balanza, la mitad



derecha, que correspondería a las complementariedades o coincidencias, encontraríamos una pesa tan sólo en el valor 2.

La lógica ya nos lo había advertido, pero ahora nuestro

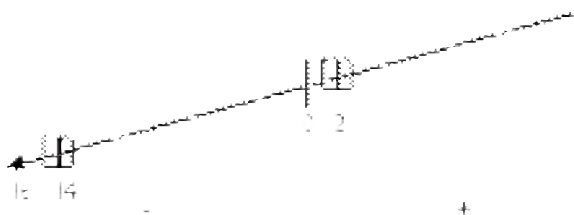


artificio nos lo confirma a través de su balanza imaginaria: cuando estas dos sociedades interaccionan directamente –y así lo hacen en esta época de globalización– los antagonismos son tan intensos que la organización está claramente desequilibrada, de una manera tal, que se acerca a la catástrofe por falta de una fuerza capaz de reequilibrarla:

Porque el predominio de un desajuste tan intenso, de un antagonismo tan marcado, hace que ambos modelos se cierren en sí mismos, adoptando una actitud encastillada que olvida la realidad que tiene enfrente¹⁵. Es entonces cuando

la muerte de la organización se acerca porque el antagonismo aparece desnudo, no regulado, apenas equilibrado, y la balanza cae del lado izquierdo, del lado que manifiesta un alejamiento total y peligroso de dos realidades que, sin embargo, se hallan en continua interacción.

Las 14 porciones no compartidas de nuestra tarta imaginaria son una extensa superficie que favorece la emergencia de antagonismos, luchas, oposiciones, pro-



blemas, desviaciones, una tierra sembrada a la agresión, la guerra y el drama. No hace falta poner muchos ejemplos para ilustrar este alejamiento en el mundo actual, esa tierra extensamente abonada al drama va desde Irak a Afganistán, desde el corazón más profundo del África negra hasta las tierras más desfavorecidas de Asia o Latinoamérica y, no lo olvidemos, esa tierra también coincide con nuestro suelo, el de los países en fase de consumo, con un aumento progresivo de la pobreza, de la inmigración y con una inseguridad creciente motivada por el terrorismo internacional.

Así, la pobreza y sus problemas, que emergen de esa diferencia entre sociedades consumistas y sociedades autosuficientes, se constituye en el reto a enfrentar por el hombre del siglo XXI. La amplificación del consumo gene-

¹⁵ El enfrentamiento radical entre mundo pobre y mundo rico puede observarse con motivo del 11 de septiembre. El ataque terrorista contra las torres Gemelas de Nueva York fue respondido por Estados Unidos con la invasión de Afganistán, arrasado por las tropas norteamericanas pocos meses después. La violenta respuesta de Estados Unidos, lejos de mitigar el problema, ayudará a acrecentarlo, y el antagonismo entre ambas partes se intensificará progresivamente a partir de ese momento. Habría que apelar a una comprensión compleja de la realidad, poniendo de manifiesto que el caldo de cultivo del terrorismo internacional es la pobreza, y como consecuencia de ello, que la superación de la misma es para el mundo rico, una cuestión de supervivencia. De acuerdo con esto, la respuesta no pasa tanto por la agresión brutal tras el ataque, sino por un intento de mitigar las desfavorables condiciones de vida que sufren los países pobres desde los que emerge el terrorismo. Estas palabras no justifican la agresión terrorista, todo lo contrario, pues lo que ponen de manifiesto es el intento de apelar a las muchas caras de la realidad para tener una visión compleja de la misma. El terrorismo surge de un caldo de cultivo que no debemos olvidar; y el tratamiento de ese caldo de cultivo puede ser la solución futura del problema, pero si no somos sensibles a esa realidad, y respondemos con violencia a la violencia, seguiremos fomentando el rencor y engendrando así nuevas agresiones y catástrofes.

ra la pobreza; de la globalización emerge el subdesarrollo como reto de supervivencia para una organización desequilibrada que se precipita a la caída vertiginosa. El nuevo siglo quizá se emplee en reequilibrar esa balanza, porque los retos son cada vez más inaplazables y la supervivencia pasa por enfrentarlos.

La crisis energética, el dismantelamiento de la estructura productiva y consumista basada en el petróleo, la necesidad de generar nuevas formas tecnológicas capaces de superar esta crisis y, sobre todo, el tratamiento del subdesarrollo, son los grandes retos que tiene planteado el hombre del nuevo siglo.

Como siempre ha ocurrido a lo largo de la Historia, la integración de los desajustes planteados por la supervivencia dará lugar a una mutación de nuestro mundo, de nuestras organizaciones sociales, políticas, económicas, culturales. Ya vemos esas mutaciones surgir en forma de nuevos movimientos sociales (ecologismo, feminismo, defensa del Tercer Mundo), o de nuevos fenómenos como la emigración masiva del sur al norte, o en los tristes acontecimientos producidos por el terrorismo internacional. Todo ello son manifestaciones distintas del mismo fenómeno, diferentes caras del mismo poliedro: un mundo minoritariamente rico a costa de la mayoría pobre. Esta organización desequilibrada que se acerca a la catástrofe por amplificación excesiva de sus antagonismos internos.

No se trata de ser apocalíptico, sino realista; no queremos caer en la demagogia sino abogar por una gestión responsable de un mundo que no sobrevivirá tranquilo en esta inestable situación. Moralmente la pobreza es condenable, pero completando el argumento, yo me atrevería a decir que la superación de la misma constituye un reto de supervivencia para el sistema: "superarla o morir", parecen ser las alternativas. Por eso ya va siendo hora de aceptar lo obvio: que la globalización de la pobreza supone la pobreza de la globalización, su gran problema inaplazable. Por muy evidentes que parezcan estas realidades conviene recordarlas porque lo evidente, precisamente por serlo, pasa desapercibido en este mundo fugaz y olvidadizo. No hay peor enfermedad en una sociedad que la ignorancia, consciente o no, de aquellos retos "evidentes" que llaman a su puerta.